

como todos comprendéis, sino una manifestación exterior de los progresos morales que ha hecho nuestra santa Religión en los corazones de las fieles; y hemos visto con inefable regocijo duplicarse el celo de la mayor parte de nuestros sacerdotes, y suplir así la falta de aquellos de nuestros hermanos que han pasado á mejor vida ó se han alejado de estas regiones.

Pero si grandes son los motivos de consuelo, mucho mayores son las causas de amargura y desaliento. Era nuestro propósito, terminada la narración de los primeros, describiros uno á uno nuestros trabajos y tribulaciones, y mostraros desde un cabo á otro cabo la cadena de pesares y aficciones que constituye la historia de nuestro episcopado. Pero al trazar el cuadro de los males que aquejan á nuestra pobre diócesi, al contemplar las hondas heridas é incurables llagas que la afean y torturan, Nós mismo no pudimos soportar su vista, y espantado de nuestra propia descripción, la hicimos mil pedazos, Hermanos é Hijos muy amados, para no contristar vuestras almas. ¡Terrible es el peso que la Providencia ha colocado sobre nuestros hombros! ¡Ardua es la misión que el Espíritu Santo ha encomendado á nuestra miseria! Pero, sea como fuere, á pesar de nuestra insuficiencia, que de buena gana reconocemos, seguiremos adelante en la empresa que hemos acometido, con el mismo ahinco, con la misma constancia, con la misma energía, que hasta aquí nos habéis visto desplegar. No podremos remediar todos los males, ni curar todas las enfermedades: no nos será dado tal vez ni cimentar sólidamente los primeros fundamentos de nuestro obispado; pero trabajaremos hasta donde nos alcancen las fuerzas, y si no á

Nós mismo, á nuestros sucesores concederá el Señor el ver el fruto de tantos afanes, de tantos sudores, de tan amargas tribulaciones.

A este fin hemos determinado dar principio inmediatamente á la segunda general visita de nuestra diócesi, y el anunciárosla con oportunidad es el objeto de estas nuestras Letras. La Santa Iglesia Pro-Catedral será la primera que visitemos, y luego volaremos sin tardanza á nuestras amadas parroquias de la orilla del Bravo. Nuestro séquito se reduce á un solo sacerdote, y es menester, por tanto, Venerables Párrocos, que os auxiliéis como hasta aquí los unos á los otros, y dupliquéis vuestro zelo y vuestras fatigas durante la visita. Convendrá también que los que habitan en los confines conviden de antemano á los sacerdotes de las diócesis limítrofes, á prestarnos su caritativa cooperación.

Habéis visto ya nuestro método; conocéis que la puntualidad, la exactitud y la eficacia son indispensables para el buen éxito de nuestros trabajos pastorales. A las ciudades de primer rango rara vez hemos podido consagrar más de tres semanas; una tan sólo, y pocas veces completa, á las poblaciones menores; dos, tres, á lo sumo cinco días, ha sido la duración de las misiones que hemos dado en los pueblos cortos, las haciendas y ranchos. Todo en este mundo presenta inconvenientes, y no desconocemos que, la rapidez y brevedad de la visita puede en muchos casos ser desventajosa; pero la experiencia nos ha demostrado que, en las circunstancias anormales de la diócesi, una permanencia larga en cada punto lejos de aprovechar, daña á Nós y á los fieles, y la lentitud en los movimientos destruye en vez de edificar. Seguiremos,

por tanto, la misma práctica que en la primera visita, y os rogamos que inculquéis á vuestros feligreses la conveniencia de acudir desde el primer día á recibir los Santos Sacramentos y oír la Palabra Divina, sin hacernos perder, como muchas veces ha sucedido, un tiempo precioso. En cuanto á vosotros, Venerables Hermanos, os rogamos que preparéis con tiempo una relación escrita, dándonos cuenta pormenorizada de cómo habéis observado lo prescrito por Nós en el auto de la anterior visita: así se evitarán dilaciones y molestos interrogatorios.

Estamos muy agradecidos á la benévola acogida que en todas partes nos ha hecho el pueblo cristiano; y en muchas poblaciones tenemos que manifestar nuestro profundo reconocimiento á las autoridades municipales y aún políticas, por la suma bondad con que públicamente nos han recibido, y los obsequios que nos han tributado. Jamás olvidaremos estas muestras de veneración á nuestra dignidad y afecto á nuestra indigna persona; así como creemos un deber pregonar no sólo delante de nuestros súbditos, sino en presencia de la República entera, que por todos los ángulos de nuestra vastísima y poco poblada diócesi hemos caminado, y caminamos continuamente, con una seguridad, una paz y una libertad que podrían envidiarnos los Prelados de otras muchas Iglesias. Empero, Venerables Hermanos, las circunstancias han cambiado notablemente en los últimos meses, en nuestra México y en el mundo entero. El viento antireligioso, que parecía algún tanto aplacado, ha vuelto á soplar con mayor fuerza, y se ha hecho más insuperable la barrera que el Estado ha puesto entre sí mismo y la Iglesia Católica. Sería mejor, por tanto, el que esta vez recibierais

á vuestro Pastor en silencio, sin esas ovaciones antes acostumbradas; sobre todo, sin pedir especiales favores ni comprometer en modo alguno á las autoridades civiles. Todo lo dejamos á vuestra prudencia.

Como son tan pocas las oportunidades que se nos presentan de dirigiros nuestras Letras, no queremos terminar este Edicto, sin repetiros las exhortaciones con que, hace dos meses, los Obispos de Prusia animaban á su clero y á su pueblo, en una Carta Pastoral cuya lectura nos ha arrancado lágrimas de admiración y de saludable temor:

“Hasta aquí habéis permanecido fuertemente adheridos á la Iglesia, en firme y leal unión con el Episcopado y con la Roca de San Pedro; os damos por ello las gracias, en nombre de Nuestro Señor Jesucristo. Continuad firmes en vuestra inalterable adhesión á la fé Católica, en vuestro amor y fidelidad á la Santa Iglesia: sufrid de buena gana toda clase de males antes que hacerle traición ó apartaros un ápice de sus doctrinas.

“Puede llegar el tiempo (y para muchos ha llegado) en que vosotros, Venerables Sacerdotes del Señor, tengáis que mostrar que sois en verdad sacerdotes; sacerdotes que no solo ofrecéis el místico sacrificio de la Nueva Ley, sino que estáis prontos á sacrificaros á vosotros mismos, conforme al ejemplo de vuestro Divino Maestro, por la verdad de la doctrina y por la libertad de la Iglesia de Dios.

“Puede llegar el tiempo en que á los legítimos Obispos instituidos por el Espíritu Santo, ó á los Vicarios por ellos nombrados, se impida el gobernar á la Iglesia de Dios; sí, puede llegar el tiempo en que parroquias enteras se

vean sin pastor y sin culto. ¡Amados Diocesanos! Mientras tenéis la oportunidad de asistir al Santo Sacrificio de la Misa y de recibir los sacramentos de mano de un sacerdote legítimamente autorizado, hacedlo con doble fervor y no temáis ningún obstáculo, ni os arredre adversidad de ningún género. Pero *¡guardaos bien de todo sacerdote que no esté en comunión con vuestro Obispo y con el Pastor Supremo de la Iglesia!*

“Cuando sin culpa vuestra, os veáis privados del Santo Sacrificio y de los sacramentos, con tal que permanezcáis firmes en la Fé, la gracia de Dios suplirá á todo, y de todo os compensará. Entonces, consolaos mutuamente y fortificaos en la Fé los unos á los otros. Entonces, ¡oh padres cristianos! educad é instruid á vuestros hijos con doble solicitud en la Fé Católica, para que perseveren en ella constantemente, y á fin de que vosotros mismos, cuando pase la época de la persecución y de las pruebas, podáis recordarla sin pesar ni remordimiento.

“Otra admonición os hacemos, mejor dicho un mandato explícito os dirigimos en el nombre de Dios nuestro Salvador: y es que ninguna tribulación, ninguna injuria, ninguna persecución por grande que fuere, os precipite á pensamientos ó actos de ira pecaminosa; que nada os induzca á faltar al acatamiento y á la obediencia debida á la autoridad civil y á la caridad hácia vuestros conciudadanos. Al contrario, distinguios ahora más que nunca y sobre todos, por vuestra lealtad y vuestro patriotismo; porque ahora precisamente se acercan los tiempos en que tendréis que probar con los hechos, cuán injustos son los cargos y cuán infundadas las sospechas de que somos rebeldes y antipatrióticos. Mostremos con los hechos la

importancia que damos al cumplimiento de nuestros deberes de conciencia, no sólo para con Dios y la Iglesia, sino también para con el Estado y las potestades terrenas. De esta manera, según el Apóstol nos enseña, debemos rechazar las acusaciones de los que nos calumnian, y más bien padecer males sinnúmero que hacer el menor daño á nuestro prójimo.”

Meditad bien, Hermanos é Hijos muy amados, las edificantes palabras que acabamos de transcribir, y poned en práctica las saludables doctrinas que ellas contienen, cuando os lleguen los males (algunos aún remotos, otros ya probados é inminentes en algunas partes de nuestra diócesi) que han venido á afligir á la Iglesia de Alemania, y de allí se han comunicado á otros países de Europa y América. Rogad á Nuestro Señor Jesucristo por su intrépido Vicario en la tierra y por tantos venerables Obispos y dignos sacerdotes y religiosos, que gimen en las cárceles y en el destierro, y orad muy especialmente por los Prelados de la Iglesia mexicana, pidiendo al Señor que cuando nos llegue nuestro turno, podamos mostrarnos á la altura de la sagrada misión que nos fué encomendada. Dirigid muy especialmente vuestras súplicas al Dios que ha dicho: *Beati pedes evangelizantium pacem, evangelizantium bona*, á fin de que se digne mirar con ojos benignos las peregrinaciones y fatigas, las penas y tribulaciones de vuestro Pastor, y perdonándonos nuestros pecados y errores, haga que no se pierdan tantos trabajos y tantos sacrificios en pró de nuestra grey. Rogadle, con las expresivas palabras de la Iglesia, que podamos conducir hasta el cielo á los fieles que nos ha encomendado, guiándolos no sólo con la palabra sino

con el ejemplo; y que en medio de todas las vicisitudes y cambios de esta vida, nos escude invariablemente su santa protección.

A este fin, Venerables Hermanos, seguiréis rezando diariamente en la misa la colecta *pro peregrinantibus*, y las demás mandadas, sustituyendo únicamente, hasta nueva orden, la oración *ad repellendas tempestates* con las preces *ad petendam pluviam*. Os invitamos además á que celebréis todos, y cantéis si es posible, una misa votiva, *pro gratiarum actione*, para mostrar al Señor nuestro agradecimiento por el feliz éxito de nuestra primera general visita.

Mandamos que este Edicto sea leído *inter missarum solemnias* en todas las Iglesias, capillas y oratorios rurales de nuestra diócesi, el primer dia festivo despues de recibido, y mientras tenemos el placer de volveros á saludar personalmente, Hermanos é Hijos muy amados, os enviamos nuestra pastoral Bendición.

Dado en nuestra Residencia en Ciudad Victoria el día de la Invención de la Santa Cruz, tercero del mes de María, del año del Señor de 1874.

✠ IGNACIO,
OBISPO DE TAMAULIPAS.

CARTA PASTORAL

SOBRE LA FRANCMASONERÍA.